

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre Ponce salió en tierra y se aposentó en nuestro convento de La Habana, y de algunas cosas que allí sucedieron entre los frailes”

p. 412-414

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

marcado, se certificó en que no eran los que habían imaginado, sino otros que están junto a la costa de La Habana, arriba de un puerto que llaman Matanzas, en la canal vieja, por la cual se solía navegar para España y por no ser buena se ha dejado, y entendió que todos aquellos días habíamos estado metidos en ella, y que misericordiosamente nos había sacado Dios de aquel peligro, y decía que si hubiéramos entrado en la canal nueva hubiéramos ya desembocado por correr más en ella las aguas; luego mandó virar para el poniente, y con buen tiempo que el Señor nos envió, fuimos aquella noche montando aquellos cayos, y cuando amaneció viernes catorce de julio, día de San Buenaventura, descubrimos la tierra de La Habana, y se conocieron las sierras de Matanzas, y prosiguiendo nuestro viaje, prolongando la costa, nos acudió a medio día la virazón que fue viento nordeste, con que caminamos mucho con gran contento de todos, viendo que nos acercábamos a la tierra y al puerto que deseábamos. A la tarde aflojó el viento, y así caminamos muy poco aquella noche, aunque a la media de ella acudió un terral, con que poco a poco fuimos costeando tierra a tierra el sábado quince hasta medio día. Entonces volvió la virazón como la tarde antes, con la cual tomamos el puerto de La Habana a las tres de la tarde, y apenas habíamos entrado en él cuando calmó el viento y vino un aguacero, que a cogernos fuera no nos le dejara tomar, a lo menos aquella noche. Hallamos surta en el puerto la flota que, aunque a pedazos, unas naos a once, y otras a doce y otras a trece del mismo mes, todas le habían tomado, excepto dos que faltaban; una de las cuales le tomó el domingo siguiente, mas la otra, sin tomarle, desembocó la canal y vino a España con buen tiempo, y libre de tormentas y peligros.

[CAPÍTULO CLXXVI]

De cómo el padre Ponce salió en tierra y se aposentó en nuestro convento de La Habana, y de algunas cosas que allí sucedieron entre los frailes

Llegó al puerto de La Habana la nao en que venían los seis frailes de México, antes que la en que venía el padre Ponce, y asimesmo otra en que venía nuevo guardián y muchos moradores para aquel convento, todos los cuales salieron luego a tierra, y llegados al monasterio se aposentaron en

él, tomando fray Pedro de San Sebastián, para sí y para cuatro de sus compañeros, la mejor celda en que suelen estar los preladados, no acordándose o no haciendo caso del padre Ponce; el cual, luego que su nao Santa Inés dio fondo y se puso en su puesto, a instancia del guardián viejo de aquel convento y de otro religioso, desembarcó aquella tarde, y por no desasosegar aquella noche a los frailes, que eran muchos, porque llegaban a diez y nueve los que ya estaban allá, y sólo había tres celdas y dos chochillas, no le llevaron al convento, sino a casa de [.] el cual dio de cenar y camas en qué dormir a él y a uno de sus secretarios (porque el otro se quedó en el navío), haciéndoles mucha caridad con gran devoción y amor extraño. Luego el domingo por la mañana fue a San Francisco y habló largamente a los seis frailes sobredichos, y ellos a él con más gracia y llaneza exterior que otras veces. Dijo misa y comieron todos juntos, y quedó concertado que posase allí con ellos, como lo hizo hasta los dos de septiembre que se volvió a embarcar, repartiéndose en cada celda cuatro y cinco frailes, sin que fray Pedro de San Sebastián dejase la que había tomado, ni convidase con ella al padre Ponce, ni aun por ceremonia.

Luego como entró en el convento fray Pedro de San Sebastián se puso en que había de presidir en él, y presidió un día o dos alegando que era comisario de los frailes que venían a España, y que traía comisión para visitar aquel convento; pero siendo advertido que no lo podía hacer, ni por ser tal comisario, pues el guardián de aquel convento, conforme a los estatutos generales, ha de presidir a todos todo el tiempo que allí están, ni por la comisión que traía para visitar el convento, pues solamente había de visitar al guardián viejo que ya había acabado con la venida del nuevo, y a sus súbditos y no al que de nuevo venía y a los suyos, reportóse con esto y dejó de presidir, dejando al guardián que presidiese. Sucedió esto antes de que el padre Ponce desembarcase y llegase al convento, y así cuando llegó le dieron su asiento y lugar, que era la mano derecha del guardián, y el fray Pedro de San Sebastián tomó la izquierda, hasta el último día de julio, que no hallándose allí el padre Ponce, porque estaba muy enfermo en su celda, volvió a proseguir su intento y tornó a presidir en la comunidad, con grande nota y murmuración de todos que echaban bien de ver su vanidad y ambición, y decían que no se hallaba un punto sin mandar; pero ni el guardián se puso a defender su jurisdicción, por darle contento por ser uno de los que de secreto le habían seguido en su rebelión, ni ningún otro fraile le hizo resistencia, por no dar nota ni quebrantar la paz, aunque no faltó quien le dijese cuán mal lo hacía; y lo que el fray Pedro de San Sebastián respondía era decir que ya se había puesto en aquello y que lo había de llevar adelante, y así

lo hizo hasta los diez de agosto, que volvió su asiento al
AGOSTO guardián y él tomó el suyo, o por evitar los dichos y es-
1589 cándalos de los frailes, o porque vio que el padre Ponce
no acudía, por estar enfermo, a la comunidad y que así no
le podía presidir en ella, que era lo que parecía pretender. Estuvo en La
Habana el padre Ponce muy enfermo, y fue Dios servido de que, sin
tomar purga ni jarabe, quedó muy bueno y sano, porque obró en él na-
turalmente lo que pudieran obrar purgas y otras medicinas que le aplica-
ran muy a propósito. Los seis religiosos sobredichos de México eran los
que mandaban el convento, y a quien el guardián procuraba dar gusto y
regalar, como a merecedores de grandes premios y como si nos enviaran
a España en son de presos; que no poco se notaba entre los demás y aun
hasta los seglares lo mormuraban.

[CAPÍTULO CLXXVII]

*De lo mucho que se detuvo la flota en La Habana y qué fue la
causa, y cómo vino la de Santo Domingo y algunas naos de
de Honduras y otras de Tierra Firme, y de los pareceres
que hubo sobre si saldría la flota o no*

Cuando llegó a la flota de Nueva España a La Habana venía el general muy determinado de partirse luego, dentro de ocho días, pero halló orden y mandato del rey para que se estuviese quedo hasta que se le diese nuevo aviso de lo que hubiese de hacer; y el que pocos días después se le dio fue que aguardase a Álvaro Flores, un capitán muy experto y afortunado en aquella carrera, el cual había de venir al mismo puerto con algunos galeones de armada con la plata de Tierra Firme, y que llegado éste siguiese el orden que le diese. Un día o dos después de la fiesta de *

llegó el Álvaro Flores con más de veinte naos y dos galizabras (que son unos barcos pequeños de vela y remos) con que no poco se regocijó la flota [.] desde la fortaleza, y él a ella desde sus naos. Era cierto muy de ver cuán poblado estaba aquel puerto de navíos, porque, además de los

* Aquí faltan en el original cinco renglones. [N. del primer Ed.]